

La Shoa

y el campo de batalla historiográfico

Jean Meyer

El joven historiador americano Daniel Goldhagen adquirió fama, de manera polémica, en 1996 cuando publicó sus *Verdugos Voluntarios de Hitler*. De manera tan ruda como simple, argumentaba que el “etnos” alemán estaba preparado desde siempre a poner en práctica “la solución final”, o sea el genocidio de los judíos en Alemania y en todos los territorios alcanzados por los ejércitos del III Reich. Dicho de manera brutal: Hitler no habría inventado nada, lo único suyo habría sido quitarle el bozal a la bestia. Ahora vuelve, o intenta volver a la polémica y a la fama con un libro intitulado *La Iglesia Católica y el Holocausto* que promueve como el anterior: lanzando personalmente la edición en cada idioma y cada país, en buena lid editorial. Denuncia la “profunda y amplia complicidad” de la Iglesia católica (olvida a las ortodoxas y protestantes) con el nazismo en el exterminio de los judíos; pide indemnizaciones financieras y la supresión de 450 versículos de los Evangelios, a los que él considera “antisemitas”.

Cuando lanzó la edición en español, declaró en Madrid: “Es necesaria una reposición moral a los judíos y una revisión profunda de la doctrina y los textos que la enseñan por parte de la Iglesia”. Como cree que la Shoah es el resultado de 1900 años de antisemitismo cristiano, afirmó: “Hay que combatir el continuo daño que los católicos han hecho a los judíos y enseñarles a no ser antisemitas porque durante siglos han creído que los judíos eran culpables de todos sus males”. Terminó declarando: “Juan Pablo II no quiere entrar a fondo en el pasado, la Iglesia católica se presenta como una institución moral, pero en realidad es una organización política y como tal, hay que pedirle cuentas” (*El País*, 30 de Diciembre de 2002).

Puesto que los católicos han sustituido a los alemanes en su imaginario terrorífico, hay que volver un poco sobre su primer libro (1996), tanto más cuando el método seguido es el mismo, quizá llevado hasta la caricatura. Argumentaba que desde el siglo XVI, desde Lutero, (el primer protestante) el antisemitismo envenenó, como una toxina, a la cultura alemana hasta llegar en el siglo XIX a ser un “antisemitismo eliminacionista y mortífero” después de 1933. Sin ocuparse del contexto social, económico, político, ni del paso del tiempo, Goldhagen multiplica citas cada vez más terribles para demostrar que siempre, siempre, ese antisemitismo eliminacionista estuvo presente y creciente, hasta dominar una cultura pasiva; por eso, cuando los nazis les dieron la oportunidad, cientos de miles de verdugos voluntarios se apuntaron a la gran masacre.

El argumento de Goldhagen prolonga, en parte, la polémica entre los historiadores alemanes, sobre el lugar que ocupa el capítulo nazi en la historia de su país; se sitúa en la línea de la tesis de que Alemania tomó (para mal) un camino muy especial, un *Sonderweg*, en la historia occidental. No dice nada nuevo, pero lo dice de una manera muy contundente que explica a la vez su éxito con el gran público –empezando por Alemania– y el disgusto de la academia, tanto alemana como norteamericana. No creo que la pura envidia explique esa reacción negativa frente al *best-seller*. He dicho que no dice nada nuevo porque, de chico (nací en 1942), oí a mis abuelos y a mis padres decir que “si le rascas al alemán, sale el huno”. Una manera de decir que los germanos, desde Ariovisto hasta 1952 (fecha de mi recuerdo) están genéticamente condenados al nazismo, que no es sino el apogeo de su evolución.

Muchas de las afirmaciones de Goldhagen no resisten la crítica, además peca de simplismo, generalizaciones y gusto por la causa única; ignora obviamente todo de la reflexión sobre la famosa CAUSA en la historia. En la bibliografía mencionada al principio de este breve ensayo, el lector encontrará los críticos a *Los Verdugos Voluntarios*, desde los más serios y tranquilos, como Christopher R. Browning, hasta los más exaltados como Norman G. Finkelstein y Ruth B. Birn. Me limitaré a hacer mía la tesis de Browning, según la cuál *Hombres Ordinarios* (es el título de su libro) puestos en situaciones extremas se transforman fácilmente en verdugos; la revolución francesa, la rusa, la mexica-

na, la china, la camboyana, las guerras de la ex Yugoslavia, el genocidio en Rwanda proporcionan ejemplos de este *Idealtypus* del verdugo ordinario.

Con *La Iglesia Católica y el Holocausto*, Goldhagen vuelve a la carga, cambiando de culpable y repitiendo las prácticas anteriores. Así como no tomaba en cuenta la larga, contradictoria y rica historia de la presencia judía en Alemania, ni el hecho de que Alemania, en el siglo XIX, pudo ser el paraíso soñado por los judíos víctimas de los antisemitas rusos, rumanos, franceses (“l’affaire Dreyfus”!), –vean el libro de Amos Elon–, tampoco lo hace en relación con la historia judeocatólica. Al limitarse a los católicos, le resta importancia a los primeros mil quinientos años de la Iglesia cristiana unida, se olvida que en Alemania, la Alemania doblemente mala, según él, por ser no sólo alemana sino además católica, los católicos eran una minoría: la tercera parte de la nación; deja a un lado el antisemitismo protestante y la infiltración nazi en las Iglesias protestantes, especialmente la luterana; para los territorios orientales del Mayor Reich, ignora a los “verdugos voluntarios”, o los “hombres ordinarios”, reclutados entre los ucranianos, polacos, bielorrusos, rusos, rumanos ortodoxos.

El libro está plagado de muchos errores factuales, de poca monta a veces, pero que revelan una gran prisa y una pasión demasiado grande, porque quien quiere probar demasiado, no prueba nada. Así, por ejemplo, un pie de foto erróneo le valió una demanda de la diócesis de Munich, una condena en el tribunal y, a la vez, una sonada publicidad gratis. Debajo de la foto que representa un prelado católico entre uniformados alemanes enarbolando la swástica, Goldhagen –o su asistente– había puesto: “el cardenal arzobispo de Munich, Michael Von Faulhaber, seguido por Hermann Goering en Munich”. Se trataba, en realidad, del nuncio Cesare Orsenigo, seguido de su secretario, el P. Eduard Gehrman, cuya corpulencia lo hizo confundir con el mariscal nazi. Además el lugar era equivocado y todo el cuerpo diplomático estaba presente: nada para comprometer a Roma. *Peccata minuta*, eso me ha pasado alguna vez, en un asunto menos importante, ciertamente.

El problema es que Goldhagen es procurador, antes que historiador. Creo que el historiador que aborda ciertos temas, se compromete con ellos y se vuelve a la vez, poco o mucho, procurador. Si es consciente de eso y lo dice, el mal es menor. Goldhagen jura ser historiador antes que procurador y eso no resiste

el examen. Como abogado de la acusación, elimina los testimonios que no le convienen y magnifica la evidencia que favorece a su tesis. Por lo mismo el libro es tan repetitivo y machacador.

Lástima, porque el tema es importante y, con todo y lo que se ha progresado, no ha sido agotado. Pero cuando el autor, niega la posible distinción entre el judaísmo cristiano y el antisemitismo moderno, cuando no cree en el odio del nacional-socialismo para el cristianismo, esa “religión de esclavos y débiles, mujeres y minusválidos”, cuando no sabe que el sueño mayor de Himmler, era ver al papa, revestido de sus ornamentos pontificales, colgado en la plaza de San Pedro de Roma, no nos ayuda a progresar.

Citaré a Geoffrey Wheatcroft: *“ciertamente, hay mucha evidencia de odio racista cristiano –para distinguirlo del odio religioso– a lo largo de los siglos, pero hay también la evidencia contraria. La Iglesia aceptaba a los conversos judíos, incluso como sacerdotes y monjas, algunos de los cuales fueron asesinados en la Shoah. En la Italia del siglo XIX hubo episodios escandalosos como el del niño Edgardo Mortara, bautizado en secreto y luego robado por el clero. Sin embargo, la Italia católica no era el Tercer Reich: Hitler no bautizaba a los niños judíos: los asesinaba”*. (Sins of the Fathers, *New York Times Review of books*, November 24, 2002:10). El mismo autor concluye su reseña del libro de Goldhagen con esas frases: *“Nada podrá borrar la horrible mancha que dejaron esos años sobre Europa y las Iglesias cristianas, cargando con todo lo que pasó por tradición cristiana, y deberán responder por mucho. Pero la comprensión incluso el asombro frente a esa época no se encuentran facilitados cuando uno malinterpreta el archivo, o cuando uno lo invoca a fines polémicas o políticas”*.

Goldhagen no se encuentra solo. Hay una tendencia universal –eso vale también para los franceses frente al Reich o durante la guerra de Argelia, para cada una de las naciones de *Mitteleuropa* durante la segunda guerra mundial, para las mismas y para las de la Unión Soviética frente al totalitarismo, etcétera– a hacer de la historia un tribunal. Sé que Schiller dijo que *Weltgeschichte ist Weltgericht*, pero no es un argumento definitivo. Crece la tendencia a hacer del historiador un juez implacable que descubre culpables a montón. En el caso de la Shoah, la culpabilidad se extendió del alto mando nazi, a todos los nazis, luego a todos los alemanes y, ahora, a toda la humanidad; a los países que no abrieron sus puertas a partir de 1933 a los judíos que huían o hubieran podido

huir del nazismo (México de los primeros años de Cárdenas, por ejemplo); a los Aliados que no dieron la prioridad al bombardeo de las vías que conducían a los campos de la muerte, a Churchill, a Roosevelt (curiosamente Stalin anti-semita visceral se salva), a la Iglesia católica hoy... sugiero que a las otras Iglesias mañana; incluso esa extensión alcanzó a los dirigentes de las comunidades judías y a muchos judíos, especialmente los que creyeron a lo largo del siglo XIX y al principio del siglo XX en la vía de la integración. Contra esos jueces implacables como ignorantes, invoco el hermoso libro de Paúl Mendes-Flohr *German Jews: a Dual Identity*, consagrado al encuentro fructífero de dos culturas espléndidas, desde Moisés Mendelssohn hasta Hannah Arendt y Martín Buber.

¿Qué diría Goldhagen de *La Promesse*, libro escrito por Jean-Marie Lustiger, judío y cardenal de la Iglesia romana, arzobispo de París? Aarón Jean-Marie Lustiger, nacido en 1926, se convirtió al cristianismo a los 14 años; su madre murió en Auschwitz en 1942; en 1981 el papa Juan Pablo II, lo nombró arzobispo de París: “fue como si, de repente, todos los crucifijos llevaran la estrella amarilla”, como en el trágico cuadro de Chagall. Para Lustiger, el cristianismo es inseparable, no puede renegar de Israel, ni desconocer su privilegio, la Elección, ni su lugar único en la historia de la salvación de la humanidad, ni su destino ejemplar a lo largo de tantos exilios, éxodos, persecuciones. Lustiger proclama que la deuda de los cristianos para con los judíos (“nuestros hermanos mayores”, según Juan Pablo II) es enorme. “*No es sustitución, sino enriquecimiento, la acogida por los cristianos del hecho judío como una bendición podrá hacer surgir en Israel un reconocimiento por los judíos del hecho cristiano aceptado en la fe. Pero no se puede esperar nada mientras el pasivo de los siglos de persecución no haya sido rebasado*”. Ese libro publicado en 2002, fue escrito en 1979...

Quizá para liquidar ese pasivo, el Vaticano ha tomado la decisión (diciembre de 2002) de abrir sus archivos sobre la era nazi el 15 de febrero de 2003. Ya era tiempo. 

TRABAJOS DISCUTIDOS EN ESTE TEXTO:

–Baldwin, Peter (ed.), *Reworking the past: Hitler, the holocaust and the historian's debate*, Boston, Beacon, 1990.

- Bauman, Zygmunt, *Modernité et Holocauste*, París, La Fabrique, 2002.
- Browning, Christopher R., *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, HarperCollins, 1998, 271 pp.
- Calderón, David, et al, *Textos para el Diálogo Judeocristiano*, México, Universidad Anáhuac, Tribuna Israelita, 2002, 130 pp.
- Carrol, James, *Constantine's Sword. The Church and the Jews*, Nueva York, Houghton Mifflin, 2001, 756 pp.
- Eley, Geoff (ed.), *Goldhagen Effect: History, Memory, Nazism-Facing the German Past*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2000, 172 pp.
- Elon, Amos, *The Pity of it All. A History of the Jews in Germany 1743-1933*, Nueva York, Metropolitan/Henry Holt, 2002, 446 pp.
- Elsasser, Jürgen, and Andrei S. Markovits, (eds.), *Die Fratze der eigenen Geschichte: Von der Goldhagen-Debatte zum Jugoslawien-Krieg*, Berlín, Elefanten Press, 1999, 205 pp.
- Evans, Richard J., *In Hitler's Shadow: West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, Nueva York, Pantheon, 1989, 196 pp.
- Finkelstein, Norman G, and Ruth B. Birn, *A Nation on Trial: The Goldhagen Thesis and Historical Truth*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1998, 148 pp.
- Fulbrook, Mary, *German National Identity after the Holocaust*, Cambridge, Polity Press, 1999, 256 pp.
- Geiss, Imanuel, *Die Habermas-Kontroverse: ein deutscher Streit*, Berlín, Siedler, 1988, 207 pp.
- Goldhagen, Daniel J., *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, Knopf, 1996, 622 pp.
- La Iglesia Católica y el Holocausto*, Madrid, Taúrus, 2002, 404 pp.
- Kretzer, David, *Los papas contra los judíos*, Plaza y Janés, 2002.
- Lawler, Justus George, *Popes and Politics-Reform, Resentment and the Holocaust*, Nueva York/Londres, Continuum, 2002.
- Lustiger, Jean-Marie, *La Promesse*, Saint Maur, Parole et Silence, 2002, 224 pp.
- Legendre, Pierre, Coincidencias y divergencias, *Istor*, núm. 10, 2002, pp. 157-159.
- Maier, Charles S., *The Unmasterable Past: History, Holocaust and German National Identity*, Cambridge, Harvard University Press, 1988, 227 pp.
- Meyer, Jean, “Roma locuta, causa finita,” *Istor*, núm. 2, 2000, pp. 128-133.
- “Del antijudaísmo al genocidio”, *Istor*, núm. 5, 2001, pp. 139-248.
- Roseman, Mark, *Ordre du jour: Génocide*, París, L. Audibert, 2002, 206 pp.

- Shandley, Robert R., *Unwilling Germans?: The Goldhagen Debate*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997, 259 pp.
- “Sobre los Encuentros Europeos entre Judíos y Católicos”, *ISTINA*, julio-septiembre 2002 Tomo 47-3, París, pp. 287-302.
- Zucotti, Susan, *Under his very windows: The Vatican and the Holocaust in Italy*, New Haven, Yale University Press, 2001, 396 pp.

In memoriam

JOHAN RAWLS (1920-2002). Fue el filósofo político más importante de su generación y su influencia es muy grande, si no en los Estados Unidos, por lo menos en Canadá, Inglaterra, Francia y, de manera más reciente, en el mundo hispanoamericano. Algunos no dudan en situarlo entre Locke, Kant y Mill, hombres a quien siempre ponderó mucho. En su tradición liberal retomó los temas entonces despreciados por el “positivismo lógico”, de igualdad, pluralismo religioso, libertad de opinión, justicia social. Como diría años después el presidente Clinton en 1999: “revivió las disciplinas de la filosofía política y la ética con el argumento de que una sociedad en la cual los más afortunados ayudan a los menos es no sólo una sociedad moral, sino una sociedad lógica”. Entre su magna obra: *A Theory of Justice* (1971) y *The Law of Peoples* (1999).

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ (1913-2003). Fue el gran historiador de la España moderna. Preparaba un libro sintético sobre Andalucía y quería emprender otro sobre la esclavitud en España. Publicó 400 artículos y más de 30 libros, entre los cuales destacan: *España: tres milenios de historia*; *La sociedad española en el siglo XVII*; *La sociedad española en el siglo XVIII*; y coordinó una historia de Andalucía en ocho volúmenes.

FRANÇOIS-XAVIER GUERRA (1942-2002). No es difícil preveer que François-Xavier Guerra se quedará en la historia de nuestra historiografía. A los pocos meses de su despedida se están multiplicando las iniciativas para recordarlo y empezar a reflexionar sobre el conjunto de su obra. Tampoco es difícil imagi-

nar que la etapa que se está abriendo será algo más que una celebración meramente académica. Guerra se fue cuando su itinerario intelectual estaba en pleno desarrollo y cuando sus planteamientos apenas empezaban a consolidarse y a mobilizar a otros historiadores, jóvenes y menos jóvenes. Su legado es, sin duda, robusto pero a la vez abierto, como pasa con los intelectuales de talla, así que medirse con él no será ni fácil ni sencillo.

Entre las tantas obras publicadas queremos recordar que cuando en 1988 apareció su gran libro, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, el nombre de Guerra no era muy conocido, pero el impacto fue inmediato. Hubo polémicas, pero hoy puede ser más interesante recordar que no se cuestionó ni el campo dibujado por la imponente investigación empírica ni la metodología empleada para interpretarla. Por primera vez un *corpus* prosopográfico de ocho mil individuos y cerca de cien mil datos diferentes fue relacionado con el sistema político porfiriano. El resultado fue una radiografía a espectro largo de la clase dirigente mexicana y de sus prácticas institucionales. Más que una historia política nueva, el libro propuso una historia de *lo político*, es decir, del conjunto de las variables sociales, mentales, institucionales, geográficas que concurren en la dinámica del poder. Sin duda, Guerra valorizó para México un tipo de historiografía ya practicada en Francia y en otros países, pero vale la pena destacar que el enfoque del libro fue más interdisciplinario, quizá por la misma formación intelectual del autor. Guerra cursó estudios de ciencias políticas y no sólo de historia, y hay que recordar que la politología francesa, a la Maurice Duverger, es muy diferente a la anglosajona: siempre rechazó el funcionalismo y el así llamado *rational choice*, privilegiando la historia de las instituciones y las constituciones políticas. La gran ventaja de esta tradición es que acepta la existencia posible de racionalidades políticas diferentes en el espacio y en el tiempo, siempre y cuando esta hipótesis sea fundada sobre una robusta investigación empírica.

Uno de los logros más relevantes de aquel libro fue plantear por primera vez, en forma indiscutible, la naturaleza hispánica del liberalismo mexicano. No fue una tesis ideológica que afectara la identidad de lo “mexicano” frente a lo “hispánico”, como a veces pretendió en el pasado una historiografía de corte conservador. El punto señalado fue otro: el constitucionalismo mexicano del

siglo XIX tuvo sus raíces (y las conservó) en el momento gaditano, asunto para nada técnico-jurídico. Para Guerra el liberalismo hispánico constituye un dato histórico autónomo frente a los demás liberalismos del siglo XIX, abarca un espacio geo-histórico que, a pesar de las diferentes identidades que lo conforman, presenta ciertos caracteres comunes, más allá de las rupturas que se consumaron entre 1808 y 1824. Decirlo hoy ya no provoca las reacciones de hace casi veinte años. Hay que recordar que tras la segunda guerra, la exitosa obra de Robert Palmer (*The Age of Democratic Revolution*, 1959) logró consolidar la tesis “atlantista”, según la cual la emancipación no fue enteramente endógena sino una prolongación meridional de lo ocurrido en el norte del continente. En contraste, se desarrolló una hispanofilia aún peor, y el resultado fue congelar el tema en una disputa entre dos exeterofilias igualmente estériles.

Después de su primera gran obra, Guerra sintió la necesidad de remontarse, precisamente a la época de las independencias: es muy significativo que no haya querido escribir una historia definitiva de los procesos emancipadores, sino un libro a temas (*Modernidad e Independencia*, 1992) para empezar a definir el campo de estudio. La que podríamos definir como la segunda etapa de la vida intelectual de Guerra fue dedicada a explorar la naturaleza histórica de las “revoluciones hispánicas”, y lo hizo a partir de un planteamiento muy claro: estas revoluciones no fueron la causa sino el efecto de la quiebra del imperio. Algo parecido había propuesto desde 1975 Halperin Donghi, en *Reforma y disolución de un imperio*, pero sin mucho éxito. Este cambio de perspectiva de 360 grados constituye una de las grandes novedades historiográficas de los últimos veinte años, y, sin embargo, no ha sido todavía aceptada en todas sus consecuencias. Una es la necesidad de reconsiderar el papel del contexto imperial en el desarrollo de la independencia, aceptar que no existían “naciones” previas, identidades colectivas consolidadas en el marco del antiguo régimen colonial. Las “revoluciones hispánicas” se dieron sin continuidad territorial, lo cual no sólo constituye una especificidad sin precedentes en el marco occidental, sino que obliga a practicar con sumo cuidado los modelos historiográficos existentes, que vienen de experiencias revolucionarias con fuerte base territorial. De ahí el énfasis de Guerra en el “bienio crucial” 1808-1810 y en el análisis de los procesos específicos que se dieron. El gran tema del encuentro entre la

“modernidad política” y cada uno de los territorios americanos se vuelve entonces crucial, y sobrepasa los planteamientos del primer trabajo de Guerra. En *Modernidad e Independencia* no se trata sólo de sociedades comunitarias que se enfrentan con modelos políticos no comunitarios, sino en primer lugar de un espacio geo-histórico “composito” territorialmente, que se descompone precisamente en la medida en que practica las articulaciones jurídico-políticas modernas. El imperio, no la colonia, pesa en la construcción de los estados nacionales. Quizá la historiografía todavía no ha reflexionado lo suficiente acerca de las perspectivas que plantea este dato sobre el cual Guerra estaba trabajando cuando nos dejó.

Estas breves notas no pueden dejar de recordar la talla humana de nuestro colega. Pocos intelectuales han sido capaces, como él, de juntar la pasión con el pensamiento. Quien haya sido su alumno lo sabe muy bien, pero también quien lo conoció, aun ocasionalmente, no puede olvidar la enorme disponibilidad a escuchar, a intercambiar ideas, y hasta hablar de cuestiones personales. La militancia religiosa de Guerra nunca limitó su diálogo con los que pensaban en forma diferente los problemas fundamentales de la vida, una actitud rara y siempre practicada con la máxima discreción. Un colega dijo que lo iba a extrañar como historiador, pero también como persona, y es posible que esta idea sea compartida por todos.

Antonio Annino
Universidad de Florencia-CIDE

IVAN ILLICH (1926-2002) es una figura eminente de la cultura crítica del siglo XX, uno de los maestros pensadores de la crítica radical al progreso y a la no tan pacífica modernidad.

Sus libros, publicados en varias lenguas, permitieron establecer una distancia en relación con las diversas instituciones de esa claridad desierta que es la de nuestra modernidad: la escuela, la medicina, el trabajo, la industria, las formas de relación social. Illich no estaba ni en la competencia ni en el mercado: buscaba formas de salir del laberinto y al parecer encontró toda una variedad.

Ivan Illich nació en Viena, Austria, el 4 de septiembre de 1926 y murió en Bremen, Alemania, el 2 de diciembre de 2002. Ese arco de 76 años abarca uno de los itinerarios intelectuales más ambiciosos e incisivos del siglo xx. Hijo de un padre católico de origen dalmata y de una madre alemana y judía, Illich nace en el seno de una familia naturalmente políglota (cuando se le preguntaba a Illich cuál era su lengua materna, la respuesta solía ser: “Sinceramente, no sé. En la casa solíamos hablar cuatro idiomas”). Francés, italiano alemán, serbocroata, la lengua de sus abuelos, eran los idiomas de la familia. Además aprende griego, latín, español, portugués, hindi y otras lenguas. Llega a Italia cuando se desata en Austria la persecución en contra de los judíos, en 1941. En Florencia estudia cristalografía y química inorgánica (1942-1945), luego de haber cursado los estudios preparatorios en el Liceo Científico Leonardo da Vinci. Estudia (*cum laude*) en Roma filosofía y teología (1944-1951) y obtiene en la Universidad de Salzburgo un doctorado en historia (*magna cum laude*) con una tesis sobre las fuentes filosóficas y metodológicas de Arnold Toynbee, asesorado por sus maestros Albert Aver y Michel Muechlin. Más tarde, en Princeton, sigue estudiando con Aver las relaciones entre macro y microcosmos en Alberto Magno y sus discípulos. A principios de los años cincuenta, se ordena sacerdote, parte hacia Nueva York en 1951, pide un lugar en la parroquia puertorriqueña de Nueva York y permanece ahí unos años hasta que en 1956, a los treinta años, es nombrado vice-rector de la Universidad Católica de Puerto Rico.

A fines de los años cincuenta funda en la Universidad de Fordham en Nueva York, el Centro de Formación Intelectual (CIF) con el propósito de capacitar a los misioneros usamericanos no tanto, o no sólo, para que hablen español, sino para ayudarlos a respetar y entender la cultura y costumbres de los habitantes de América Latina. Este será el antecedente del Centro que a partir de 1961 operará en Cuernavaca y que funda con la colaboración de Valentina Borremans, Feodora Stancioff y Gemy Morris, entre otros, con el propósito de debatir el papel y la misión de la Iglesia en América Latina.

Poco tiempo después, en 1966, el Cidoc ya es un espacio abierto a la reflexión crítica por donde transitan personalidades destacadas de todo el mundo (Erich Fromm, Paul Goodman, Peter Berger, Sergio Méndez Arceo, Paulo

Freire). “De las discusiones que se llevaron a cabo en esos años –apunta Braulio Hornedo en su semblanza– surgieron los *Cuadernos de Cidoc*, pequeños volúmenes editados, impresos y encuadernados internamente, con inaudita velocidad e independencia para la tecnología editorial de la época (sin fotocopadoras económicas y rápidas ni mucho menos computadoras o impresoras láser) [...] De esos cuadernos provienen los primeros libros o ‘panfletos’ publicados por Ivan en español durante la década de los setenta: ‘La sociedad desescolarizada’, ‘La convivencialidad’, ‘Energía y equidad’, ‘Desempleo creador’, etc.” Durante esos años Illich hizo severas críticas a la Iglesia católica: en una conferencia, inclusive, la compararía con la Ford Motor Company. Acusó a la Iglesia de no ser más que “otra burocracia que promovía ese veneno llamado modernidad o desarrollo”.

El pensamiento de Ivan Illich pasa por una crítica de las necesidades espúreas o apócrifas inventadas por la civilización. Inspirándose en parte en las ideas de Lewis Mumford y Jacques Ellul, Ivan Illich plantea en *Toward a history of needs* (1977) una revisión sistemática de las necesidades inventadas por la modernidad. Ahí sostiene –como recuerda Ramón Xirau– “con radicalismo y con visos de verdad que la sociedad industrial había promovido una nueva élite de profesionales, cuyo trabajo consistía en convencernos a todos de que ‘necesitamos lo que no necesitamos’. Frente a ella, es importante recordarlo, se podría oponer (¿Realmente? ¿Idealmente?) la convivialidad (*tools for conviviality*)”. Entre sus lectores mexicanos destacan el poeta y ensayista Gabriel Zaid y Javier Sicilia.

II

Uno de los instrumentos clave de la crítica de Illich es el concepto de “contra-productividad” que sirve para analizar cómo, más allá de ciertos umbrales inferiores de desarrollo, las grandes instituciones de la sociedad industrial se transforman en el principal obstáculo para realizar los objetivos que les dieron nacimiento: así, los hospitales y la medicina institucional corrompen la salud en vez de cuidarla; las escuelas y universidades sirven para promover la falta de curiosidad, la ignorancia y la estupidez; la saturación de automóviles y

transportes en las ciudades producen inmovilidad; el florecimiento de los medios de comunicación alimenta la sordera e inhibe la palabra; los flujos y autopistas de comunicación digital inducen una devastación del sentido y de la articulación comunicativa; los alimentos industriales están a caballo de la basura y el veneno; y, en fin, el empleo abusivo de las energías fósiles que vuelven a poner en movimiento la vida pasada a través de motores, turbinas y centrales termo-eléctricas representan una amenaza inminente y plantean la aniquilación de toda vida presente y futura.

La crítica de Ivan Illich arranca de un examen minucioso y sistemático de los mecanismos de la contraproductividad. De hecho, su itinerario intelectual repasa una a una las estaciones o casos en que se declina esa acción contraproductiva: ya sea en la escuela (*La sociedad desescolarizada*), en las instituciones médicas (*Némesis médica*), en los espacios de familiaridad, en la sociedad jerarquizada (*La convivialidad*). Esa acción contraproductiva se aplica a la producción de valores de uso desde un modo heterónimo, es decir, derivado y dependiente de energías mecánicas. El modo heterónimo se opone al autónomo, donde el individuo se basta a sí mismo o sólo depende de su propia energía (por ejemplo, la bicicleta). Ivan Illich no sólo critica y analiza minuciosamente los mecanismos contraproductivos derivados del modo heterónimo, sino en haber planteado la articulación de ambos modos como una alternativa ineludible a la vista del agotamiento inminente (2040 y 2050) de las reservas energéticas mundiales. La convergencia o sinergia positiva de ambos modos no es posible más que en ciertas precisas condiciones. Esa sinergia positiva resulta muy difícil pues la producción heterónoma produce tal reorganización del medio físico y del ambiente simbólico e institucional, que las facultades autónomas se ven paralizadas y se inicia el círculo vicioso de la contraproductividad: y cuanto más se rompen los vínculos naturales del hombre consigo mismo y con los otros, más poderosa es la demanda de sustitutos heterónomos que dan la ilusión de permitir sobrevivir en un mundo cada vez más enrarecido, al tiempo que se consolidan las condiciones que vuelven necesaria tanto aquella ruptura como esta demanda. Gracias a la luz del análisis alternativo de Illich podemos darnos cuenta de por qué estamos tan apegados a eso mismo que nos destruye.

III

En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al "Didascalicon" de Hugo de San Víctor de Ivan Illich "no es –según advierte en la Introducción él mismo– una historia de las técnicas de escritura ni del uso que le han dado a la escritura mercaderes, tribunales o poetas. Es más bien una historia de la relación entre los axiomas del espacio conceptual y la realidad social en tanto que esta interrelación está mediada y configurada por técnicas que utilizan letras. Esta historia se centra directamente en lo que ha sido configurado por la letras, el *schriftstück*, estudia el comportamiento definido por este objeto y los significados que se dan (en cada clase) a este objeto y a este comportamiento. Estudiamos al objeto tal y como ha congelado de formas varias de la naturaleza, la fuente y los límites de la comprensión del mundo, la sociedad y el yo en una época" (p. 11).

¿Por qué Ivan Illich afirmaba que este libro era considerado por él "mi mejor obra"? Quizá porque desde los años juveniles en que frecuentó el pensamiento medieval, la patrística, los escritos de Alberto Magno, lo ligó a Hugo de Saint-Victor "un sentimiento de afecto muy especial", al punto de sentir hacia él el agradecimiento que se tiene hacia los "mejores maestros aún vivos". La "amistad" entre Illich y Saint-Victor se prolongó durante décadas. Para Illich, Saint-Victor se encuentra en el inicio de la "edad libresca", que según George Steiner, ahora concluye. Si consideramos a la historia un libro, cada cambio de época representa un cambio de página. "Hacia 1140 se pasa una página. En la civilización del libro, se cierra la página monástica y se abra la página escolástica. [...] Al mismo tiempo que la hoja del libro de la civilización pasa de la página monástica a la escolástica, también tiene un cambio radical en el lector, su *estatus* social antes y después del cambio no es el mismo" (pp. 109-110). En la historia de esa transición, Ivan Illich descifra cómo "la redefinición del lector que estaba en marcha en tiempos de Hugo fue un paso hacia el supuesto, aceptado en nuestro siglo, de la lectura como condición de la ciudadanía". De hecho, no es la única definición o redefinición que le interesa a Illich documentar e interrogar ni es en rigor el *Didascalicon* de Saint-Victor –el primer arte de la lectura escrito en Occidente– el único objeto de su vertiginosa exposi-

ción. Es el surgimiento paulatino de las entelequias llamadas “página” y “libro” lo que le interesa documentar con huellas o etapas en la evolución de esa otra entelequia que es el *hombre alfabético*, entidad que, con el ocaso de la cultura libresca cambia de lugar en el espacio social y político de nuestra época. El surgimiento de la tecnología alfabética se dibuja con nitidez en este libro donde las herramientas del espíritu son interrogadas y expuestas como seres vivos, inscritas en una cadena de equilibrios e intercambios. Desde luego, para Illich son indisociables la historia de las técnicas medievales de escritura y de lectura: “Nuestro intento de elaborar una etología histórica de la lectura, exige que seamos capaces de percibir cómo la línea divisoria que separa las actividades clasificadas como ‘lectura’ de otras actividades clasificadas como ‘escritura’ se transforman en el transcurso de las décadas” (p. 118). El nuevo diseño textual de la página del libro, el nuevo tipo de orden que aparece en los primeros años del siglo XII (por ejemplo, la subordinación de la glosa, escrita en líneas más pequeñas, al texto principal dominante) arraigará tan poderosamente en la imaginación medieval “que Gutenberg y sus pupilos hicieron todo lo que pudieron para que su esencia sobreviviera en la época de la imprenta”. Por eso, si la imaginación de una “página” en una pantalla electrónica es heredera de la disposición tipográfica que nos ha heredado la página proyectada por Gutenberg, resulta claro que esa arquitectura y armonía abstractas, esos mecanismos de ordenación gráfica, visual y aun mental, nos remiten directamente al momento fecundo y revolucionario de Hugo de Saint-Victor: cuando aparecen, entre otras cosas, la ordenación alfabética de los índices, los inventarios, las concordancias textuales, las jerarquías de letras y párrafos, la emergencia de títulos y subtítulos y la sustitución del *incipit* como título entre tantas otras formas que contribuyen a que el autor se transforme “de narrador de una historia en creador de un texto”.

La perspectiva “etológica” de la historia de la lectura y de la escritura escrita por Ivan Illich se abre más allá del texto al libro mismo como objeto y como metáfora, como fuente de una época libresca de la cual somos los avatares tardíos. Interrogar esa historia resulta apremiante para quienes saben cuán amenazado está el texto libresco: “Los que nos precedieron, que vivían seguros inmersos en la época del texto libresco, no tenían necesidad de investigar sus

orígenes históricos. Su seguridad fue de hecho alentada por la presuposición estructuralista de que todo lo que es, es, de un modo u otro, un texto. Esto ya no es cierto para los que saben que tienen un pie en cada uno de los lados de una nueva línea divisoria. No pueden evitar volverse hacia los restos de la lectura libresca para explorar la arqueología de la biblioteca de certezas con que se criaron. Los lectores librescos tienen un origen histórico, y su supervivencia puede reconocerse ahora como una tarea moral, intelectualmente basada en la comprensión de la fragilidad del texto libresco” (pp. 156-157). ❧

Adolfo Castañón
Fondo de Cultura Económica

Cajón de sastre

En una momia egipcia que llegó a la Universidad de Milán en los años noventa del siglo pasado, se encontró un papiro con 112 obras del poeta griego Posidippos (*New York Times*, 26 de noviembre de 2002).

Entre 1587 y 1590, Lucrecia de León, adolescente madrileña, se reunía muy seguido con el monarca Felipe II en sus visiones nocturnas. En uno de los sueños su propia hija Isabel Clara Eugenia menospreciaba los logros de Felipe:

Mire, Vuestra Magestad, que las cosas de España van perdidas [...] Mire Vuestra Magestad que el nombre del Rey Católico [Fernando] hoy día vive, habiendo tantos años que es muerto. Mire Vuestra Magestad los reyes santísimos que ha habido en Francia, los nombres y gloria que en la tierra se canta de ellos. Mire Vuestra Magestad cuando al revés se dice de aquel que dejó la tierra tan estrecha” (Kagan, Richard L., *Lucrecia's dream*, UC Press, 1990, p. 85).

¿Sabía usted que la palabra “científicos” (*scientifiques* en francés) fue acuñada en 1792 por el periodista revolucionario Jean-Paul Marat, para mofarse de los académicos encargados de crear un sistema universal de pesos y medidas? (Alder, Ken, *The measure of all things. The seven year odyssey and hidden error*, New York, Free Press, 2002).

Y ahora déjenos celebrar, ya que pasó el centenario de su muerte, a Lord Acton (1834-1902) quien remó gloriosamente a contracorriente como inglés y como

católico. Estuvo a punto de ser excomulgado por Pío IX en varias ocasiones: era liberal y rechazaba la doctrina de la infalibilidad pontifical. De la selección Lord Acton, *Essays in religion, politics and morality* (Liberty Classics, Indianapolis, 3 vols., 1988) sacamos lo siguiente:

Evolution and Revolution: The one by hearing others; the other by hearing God. If we combine the past with the future, the inward and the outward influences what follows in Evolution. If we listen within, and reject other influences, that is, if we obey conscience, the result is revolution. That is the only Revolution (Add. Mss. 5011, p. 234).

Power tends to corrupt and absolute power corrupts absolutely. Great men are almost always bad men, even when they exercise influence and not authority; still more when you superadd the tendency or the certainty of corruption by authority. (Letter to Mandell Creighton. Add. Mss. 6871, p. 60).

Authority exists for the shake of Liberty –a means to an end. But some thought authority good for itself –an end, not a means to something higher– sacred, not by partaking of the reflected sanctity of the thing it exist for. This is divine right. Helped by the Catholic notion of authority. (Add. Mss. 4980, p. 34).

A Whig was a reconciled Roundhead. He had learnt by experience to avoid revolution. He had overthrown the monarchy, the Church, the Lords –to see all restored, without a blow, and stronger than before– by operation of natural forces, by not effort of man. The lesson are very clear: The objects of Hampden, Selden and Vane. They renounced the method and revived the propose. The throne, the Church, and the Lords might be preserved but tamed and made innocuous, an aristocrat (Add. Mss. 4946, p. 248).

“Reopening a Mormon Murder Mystery: New accusations that Brigham Young himself ordered in 1857 massacre of pioneers” (*New York Times*, October 12, 2002: BI y II). Eso afirma Will Bagley en su libro *Blood of the prophetes: Brigham Young and the massacre at Mountain Meadows*, University of Oklahoma Press, 2002, inmediatamente interpelado por tres historiadores mormones que anuncian un libro para 2004.

Agosto de 1947. Ernst Jünger apunta en su diario: “el mismo día que quedó aniquilada en Pearl Harbor la flota norteamericana, acudió a su casa (la de su amigo Leers, N. del E.) el embajador japonés en Roma para comunicarle inmediatamente a él, en su calidad de prusiano, aquella agradable noticia. Lo hizo con estas palabras: *C'est la vengeance pour 1789* (es la venganza por 1789).

Octubre 17 de 2002. La prensa rusa menciona los descubrimientos macabros del grupo *Memorial* en una fosa común cerca de San Petersburgo, el cual estuvo en operación de 1937 a 1938, durante el Gran Terror, explican Mijail Pushninsky y Alexanra Reznikova. El FSB (ex-KGB) declaró de inmediato que no tenía en sus archivos ninguna mención del hecho. Los arqueólogos, sin embargo, han encontrado en cincuenta trincheras, 39 448 esqueletos.

Moskovskie Novosti del 30 de abril de 2002: El presidente de Polonia, Alexander Kwasnievski, quien había pedido perdón hace poco a la comunidad judía por la participación de polacos en el genocidio nazi, pidió perdón a los ucranianos por la participación de las fuerzas de la Polonia comunista en la operación “Visla”, en coordinación con los soviéticos, en 1947. Fue una operación de “limpieza étnica” ejecutada contra lo ucranianos en territorio polaco. Otra vez, memoria e historia, amnesia y amnistía...

Japón dista aún de llegar a ese momento. El nuevo museo militar de Tokio glorifica la actuación heroica del ejercito imperial entre 1933 y 1945; de la tristemente célebre masacre de Nankin deviene “el incidente de Nanjin”: entre 200 y 300 mil muertos (*New York Times*, 30 de octubre de 2002).

En España también abren fosas comunes, pero los españoles parecen más dispuestos a enfrentar el pasado. En 1977 se decretó una amnistía general; 25 años después, no se cancela esa medida, pero la amnesia toca a su fin. El río de publicaciones, exposiciones y documentales televisivos, no deja de crecer y se habla de crear una “Comisión de la Verdad”, especialmente dedicada al gran terror franquista posterior a la victoria del bando nacionalista en 1939. *La Asociación para Recobrar la Memoria Histórica* hace una labor comparable a *Memorial* en Rusia (noviembre de 2002, prensa española).

El 13 de diciembre de 2002, el embajador de los Estados Unidos en Moscú, Alexander Vershbow, entregó al gobierno ruso los famosos “archivos de Smolensk”. Esa documentación, básica de la actividad cotidiana de las autoridades soviéticas en dicha región de la Unión Soviética, había sido llevada a Alemania por los nazis, y los soldados americanos la encontraron en 1945; llegó a los Archivos Nacionales de Washington y eso permitió a Merle Fainsod escribir su excelente *Smolensk under Soviet Rule*, un libro pionero.

Para continuar el número 7 de *Istor*, sobre izquierda y derecha en la historia: Chris McManus, *Right hand, left hand. The Origins of Asymmetry in Brains, Bodies, Atoms and Cultures*, Harvard University Press, 2002, pp. 412.

Para *Istor* 8 sobre la guerra, y para el momento presente, estas dos citas de Clausewitz:

“Los factores absolutos, llamados matemáticos, no encuentran nunca un fundamento sólido en los cálculos militares. Existe desde el primer momento una interacción de posibilidades, probabilidades, buena y mala suerte que teje su camino a lo largo y ancho del tapiz. Entre toda la gama de las actividades humanas, la guerra guarda el más íntimo parecido con un juego de cartas.

“Todo en la guerra es sencillo, pero la cosa más sencilla es difícil. Las dificultades se acumulan y acaban por producir una especie de fricción que resulta inconcebible, a menos que se tenga experiencia de la guerra [...] Incontables incidentes de menor importancia –del tipo que nadie puede realmente preveer– se combinan para reducir el nivel de rendimiento general, por lo que siempre nos quedamos cortos con respecto al objeto pretendido. La máquina militar –el ejército y todo lo relacionado con él– es básicamente muy simple y, por tanto, parece fácil de manejar. Pero deberíamos tener en cuenta que ninguno de sus componentes está hecho de una pieza: cada parte se compone de elementos individuales [...] el menos importante de los cuales puede retrasar fortuitamente las cosas y hacer que vayan mal de alguna manera.”

Y para *Istor* 12 sobre Ciencia, Historia y Verdad, el mundo de la ópera participa del interés por la historia de la ciencia; en Chicago, en junio de 2002, fue creada la ópera *Galileo Galilei*, con música de Philip Glass (autor también de *Einstein on the beach*); el libreto es de Philip Glass, Mary Zimmerman y Arnold Weinstein. 

Cabús

- ECKART BRINSTIEL Y RÉMY CAZALS (eds.), *Ennemis fraternels, 1914-1915, carnets de guerre et de captivité*, Toulouse, Université du Mirail, 2002, 192 pp.
- ROBERT HERTZ, *Un ethnologue dans les tranchées. Letters d'aout à avril 1915*, París, CNRS, 2002, 266 pp.
- JEAN-YVES LE NAOUR, *Misères et tourments de la chair durant la grande guerre. Les mœurs sexuelles des français, 1914-1918*, París, Aubier, 2002, 412 pp.

Tres libros más en la enorme bibliografía de testimonios sobre la primera guerra mundial. Son textos ricos y, en el caso del primer libro, los testimonios pertenecen a franceses como alemanes. El libro de Le Naour es una obra novedosa, ya que trata un tema casi ausente en los testimonios: el de la vida sexual de los combatientes; situándose en una perspectiva sexual más amplia: ¿cómo cambió la guerra la percepción del sexo, las relaciones sexuales y las relaciones entre los sexos? Burdeles para soldados, pero también encuentros entre francesas y alemanes en las regiones ocupadas, luego entre francesas y americanos, ingleses, árabes, africanos...

- CHRISTIAN DELACAMPAGNE, *Une histoire de l'esclavage de l'antiquité à nos jours*, París, Livre de Poche, 2002, 320 pp.

El autor de *Une Histoire du racisme* (2000, Livre de Poche) aparece con un texto tan erudito como severo que llega hasta principios del siglo XXI. En él corrige los lugares comunes de una institución inhumana que no ha desaparecido.

- LEFRANC SANDRINE, *Politiques du pardon*, París, PUF, 20002, 364 pp.

Este autor faltó en el número 5 de ISTOR sobre Memoria e Historia, Amnesia y Amnistía. Después de los crímenes en masa del siglo XX, “¿cómo poner a un lado, cómo encerrar a gran parte de la comunidad nacional, cuando hay que seguir viviendo juntos?” Generalmente, el Estado justiciero de hoy continúa al Estado verdugo de ayer. El autor se pregunta si una sociedad así, desgarrada, puede lograr la concordia civil por medio del perdón político. El estudio re-toma a fondo el caso francés (el régimen de Vichy, la guerra de Argelia) y los casos de África del Sur, Argentina, Chile, Uruguay; lástima que no toque a la Europa y a la Rusia post-comunistas. Su conclusión es pesimista: el perdón, la estrategia del “punto final”, se ha vuelto la barrera absoluta entre el pasado y nosotros, sin lograr la reconciliación verdadera, ni moralización de la vida política.

- JACQUES DALARUN, *La Malaventure de Francois d’Assise*, París, Etudes franciscaines, 2002, 228 pp.

Espléndido estudio de las hagiografías de San Francisco, condenadas en 1266 por el capítulo general de la orden, a favor de la versión oficial del Fray (San) Buenaventura.

- SERGE BARDET, *Le Testimonium Flavianum. Examen historique, considérations historiographiques*, París, Cerf, 2002, 288 pp.

El autor toma partido en la controversia alrededor de las *Antigüedades Judaicas* de Flavio Josefo, el único testimonio independiente sobre la existencia histórica de Jesús. Un libro decisivo a favor de la autenticidad, sin interpolación, del famoso párrafo 63-64 del libro 18.

- VASSILI PETRENKO, *Avant et Apres Auschwitz*, seguido de: Ilya Altman, *Kremlin et l’Holocauste*, 1933-2001, París, Flammarion, 2002, 286 pp.

Dos libros en uno, muy diferentes ambos. El primero son las memorias del general ruso quien liberó Auschwitz; el otro, un notable análisis histórico hecho por dos expertos. Si los países occidentales no abrieron ampliamente sus puertas a los judíos entre 1933 y 1939, la Unión Soviética se negó a recibirlos incluso en 1940, cuando Hitler ofreció a su “amigo” Stalin a los judíos de Polonia y Alemania.

- IRINA EMELIANOVA, *Légendes de la rue Potapov*, París, Fayard, 2002, 328 pp.
- ELENA BONNER, *Des meres en filles*, París, Gallimard, 2002, 448 pp.

La hija adoptiva de Boris Parternak y la esposa de Andrei Sajarov cuentan cómo los fieles servidores del Partido y los que habían decidido vivir al margen sufrieron la persecución, los campos de concentración, la deportación, el exilio, la muerte: dos libros, dos mujeres, un mismo tema.

- YURI AFANASSIEV, *De la Russie*, París, Gallimard, 2002, 448 pp.

Historiador, miembro del consejo editorial de *Istor*, el autor fue uno de los líderes reformistas en el tiempo de la perestroika. Su libro ofrece un duro diagnóstico de la situación presente en Rusia, indagando sobre las principales causas. Habla de las “metástasis de una crisis del mundo global en su forma neoliberal”, pero precisa: “se desarrollaron a la rusa y ahí está toda nuestra historia secular con todo lo absurdo y extraño del momento presente”. Critica ferozmente el poder “monarco-bolchevique” del presidente Putin.

- LORE DIANA KUEHNERT, *Pernicious Foreigners and Contested Compatriots: Mexican Newspaper Debates over Immigration, Emigration and Repatriation, 11928-1936*, (Ph.D. tesis), University of California, Riverside, 2002, 334 pp.
- MARÍA ALCOCER-BERRIOZABAL, *The Structure and Development of the American Expatriate Community in México City since World War II*, (Ph.D. tesis), University of Kansas, 2000, 366 pp.
- JOHN CHRISTOPHER PINHEIRO, *Crusade and Conquests: Anti-Catholicism, Manifest Destiny and the US- Mexican War of 1846-1848*, (Ph.D. tesis), University of Tennessee, 2001, 306 pp.

Esta interesante tesis estudia el impacto del sentimiento anti-católico en los Estados Unidos al momento de la guerra contra México. Muchos protestantes creían que el Papa conspiraba contra la libertad americana, intentando establecer un reducto católico en el Oeste, con un ejército de inmigrantes romanos dirigidos por los jesuitas; a eso se sumaba la convicción generalizada de que el catolicismo romano era incompatible con la libertad republicana y que la desastrosa situación de México era la prueba misma de esto. Los “nativistas” buscaban la anexión en nombre del Destino Manifiesto y con base en argumentos racistas y anti-católicos. La guerra fue para ellos una oportunidad providencial para evangelizar a México o, por lo menos, los territorios anexados. ❧